

# Negocio maduro

**CRISTINA  
CARRIZOSA**



“LA PAZ MUNDIAL NO PUEDE SALVAGUARDARSE sin los esfuerzos creativos de los hombres libres, que confían en las instituciones libres”, declaraba Robert Schuman, ministro de relaciones exteriores de Francia cuando se fundaba la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) en 1950. Este hito, unido a tantos otros tratados, dieron cuerpo a lo que hoy conocemos como la Unión Europea, que ha venido evolucionando, no solo en la conformación de un mercado único y sin barreras comerciales, sino en sus políticas monetarias, de competencia, justicia penal, de inmigración, derechos fundamentales, política exterior y seguridad de los Estados miembros, entre otros.

En su reciente visita a Venezuela, el presidente Petro anunció junto con su amigo, el dictador Maduro, su intención de iniciar vínculos comerciales entre Ecopetrol y PDVSA para la explotación de campos de gas y de petróleo en Venezuela y para que,

como intentó explicarlo, resguardar la seguridad energética en ambos países en el tránsito hacia economías descarbonizadas. Incluso manifestó: “Así nació la Unión Europea”, frase que muestra los delirios de liderazgo galáctico del señor presidente. ¿De verdad eso se parece a la visión europea de integración?

El anuncio resulta una contradicción con la narrativa de Petro sobre la necesidad de marchitar la industria petrolífera por ser “un veneno solo comparable con la cocaína”; ¿Qué hizo cambiar de idea a Petro? ¿Acaso sí existen “tierras bolivarianas” en las que pueda este sector desarrollarse? ¿Qué impide que esa integración tenga como base a Colombia en donde sí contamos con un régimen de regalías y el petróleo es la industria que genera más empleo y compra de bienes y servicios locales?

Todo produce preocupación: no sabemos qué tan importantes serían estas inversiones para la seguridad energética en el país y tampoco tenemos la certeza de que estas fluyan en un régimen que no garantiza estabilidad, sin contar los años que toman estos proyectos en dar resultado. Adicionalmente, PDVSA, la joya de la corona de Venezuela por décadas, hoy está

convertida en un zircón barato manejado por integrantes de listas negras por lavado de activos y similares.

Pero además del mal negocio con el mal vecino, me preocupa el mensaje a la comunidad internacional que va más allá de una política energética. La idea prueba que, lo que en su momento consideramos salidas en falso de la exministra Irene Vélez, era un negocio ya madurado, quién sabe cómo y por qué, entre los dos mandatarios que se muestran “panas”. La iniciativa favorece al dictador y empobrece a Colombia, muestra afinidad ideológica al régimen de Maduro y genera una dependencia hacia quien es repudiado por buena parte del mundo.

Todo genera suspicacias. Es urgente activar las alarmas institucionales por lo que pueda haber en el fondo de esta iniciativa. Se puede llegar a acuerdos de convivencia con un vecino ruidoso, corrupto y de mal gusto, pero no hacer negocios, ni armar fiestas con él, porque el resto del vecindario terminaría viéndonos parecidos.

No, la Unión Europea no fue concebida para negocios entre sus miembros y Petro no se parece a Vincent Auriol, ni Maduro a Konrad Adenauer, ni Álvaro Leyva a Robert Schuman.